

otros. En general, ¿quiénes son los prelados que mas deshonraron la Iglesia? ¿Los que habian tenido hijos legítimos antes de su ordenación, ó los que tuvieron hijos naturales? ¿Es preciso renovar en el día los desórdenes que causaron? Es falso que el matrimonio permitido á los ministros de la religion en los países del Norte, haya mejorado las costumbres; Bayle ha probado lo contrario. *Dicc. crit. Hermitaño, rem. 1, § 3.*

Para no dejar nada que desear sobre esta cuestion tan robatida, nos resta examinar si el cambio de disciplina sobre este punto produciria efectos tan ventajosos como dicen.

En los *Anales políticos* de 1782, n. 21, hay una carta cuyo autor se propone demostrar, por medio del cálculo, que la supresion del celibato eclesiástico y religioso seria una mala política, una puerilidad indigna de la atención de un gran legislador, y una innovacion sin resultados para la poblacion.

El odio, dice, los zelos, la credulidad, el entusiasmo reformador, la rivalidad de los filósofos con el clero, han exagerado hasta el ridiculo el número de eclesiásticos y religiosos; hé aquí el resultado de las estadísticas mas exactas.

Sobre trece millones de habitantes cuenta la España y solo ciento sesenta mil celibatos religiosos, de los cuales una tercera parte pertenecen al clero secular. Es un uno y medio por ciento de toda la generacion. En Italia hay catorce millones y medio de habitantes y doscientos ochenta mil eclesiásticos; es un dos por ciento de la totalidad de los habitantes: mas de la mitad de ellos se encuentran en el reino de Nápoles y en los estados del papa; el resto de la Italia no supone mas que un setenta y cinco de individuos dedicados á la religion.

Es preciso notar que en Italia hay pocas ciudades grandes que absorben la poblacion: no sostiene ejércitos ni marina militar: un clima suave y un suelo fértil, disminuyendo las necesidades, aumentan la subsistencia.

Los últimos cálculos hechos bajo la administracion de M. Necker han dado de poblacion á Francia veinte y tres millones quinientos mil habitantes; suponiendo de estos doscientos mil celibatos religiosos, segun los cálculos mas exagerados, es menos de la centésima parte de la nacion. Hay mas, sobre el total de seis millones, y mas de doscientas mil mujeres aptas para

el matrimonio, hay un millon y cuarenta mil que no están casadas, no contando entre ellas mas que setenta mil religiosas, ó la quincena parte de las mujeres celibatarias. Del total de los hombres pueden contarse, por lo menos, un millon que podrian casarse y que no lo están; de este millon solo se cuentan próximamente ciento treinta mil eclesiásticos ó religiosos, ó lo que es lo mismo, la décima parte.

Volved al mundo, continúa el autor, todos los hombres encerrados en los monasterios, serian setenta mil celibatarios por lo menos sobre un millon. Pero no todos tendrán las facultades, la inclinacion, la fortuna y vocacion necesarias para el estado conyugal. Los segundos de las casas, los ancianos, los enfermos, los que prefieren la libertad é independencia del celibato al yugo del matrimonio, etc., tambien se han de separar, y casi componen una mitad. Por lo tanto, ganaréis de un millon de habitantes cerca de treinta mil individuos, sobre los cuales la muerte, la pobreza y la abstincencia forzada sacarán su tributo: hé aquí á lo que se reducen las romancescas visiones de los declamadores.

Solo la capital encierra mas criados que religiosos hay en todo el reino; el número de estos esclavos del lujo en toda la Francia asciende á una duodécima parte de la poblacion. A los sirvientes les está prohibido el matrimonio como perjudicial á los intereses de sus amos, en las mujeres se tolera el libertinaje, y no la fecundidad legítima. El celibato forzado de los criados es un foco de desórdenes, el de los eclesiásticos está sujeto en sus inclinaciones por la santidad de su instituto, por el temor á la deshonra y por el honor del cuerpo; un religioso tiene delante de sí diez ejemplos de virtud por uno de depravacion.

Doscientos cincuenta mil soldados ó marineros son arrebatados á la poblacion, y se eligen los individuos mas capaces para el servicio civil. La corrupcion, las enfermedades vergonzosas empozonan los ejércitos, mientras que la desercion los disminuye.

Contad los mendigos, los empleados en las quintas, los venteros, los jornaleros, la nube de literatos, y principalmente los filósofos, el espíritu filosófico que no es mas que el espíritu de egoismo que fué siempre antipático al matrimonio; ved nuestras costumbres, nuestras capitales, nuestras habi-

taciones; observad el lujo en sus progresos gigantescos, lo imposible de contener el concubinato, el poder marital y paternal de día en día mas relajado y mas insostenible, el tono y la conducta de las mujeres; e isonjeos despues de que la propagacion de la especie va á cubrir la tierra cuando cincuenta mil religiosos hayan renunciado al voto del celibato.

Hay en el reino dos tantos mas de prostitutas que de religiosas; ¿cuáles son mas funestas á la poblacion? Desde 1766 á 1773, el número de niños expósitos se ha aumentado en París una tercera parte.

La nobleza de las ciudades produce pocos matrimonios y menos hijos todavía; nuestras leyes y nuestros usos han condenado á los segundos de las casas á la indigencia y al celibato; los monasterios ó las órdenes son pues un recurso para la nobleza de ambos sexos; acogen los celibatarios producidos por el desorden de la sociedad, mas no los engendran.

Valdría mas reducir nuestro estado militar, despedir la mitad de las gentes de librea al campo, tener dos terceras partes menos de abogados, procuradores, financieros, ugie-res, autores, etc., y conservar los religiosos.

Esto es impracticable, sin duda alguna, y este es el tema de todos los mas bellos planes de reforma que se nos presentan en los libros, y se ensalzan en las noticias públicas. Acariamos nuestros vicios, é indicamos su remedio. Se declama contra el lujo, cuando el lujo no puede reprimirse; se diserta sobre la educacion cuando el abuso de la sociedad borra mas y mas sus caracteres; se pueblan los estados en los folletos, sin tener presente la accion irresistible de las costumbres y de los usos sobre las verdaderas fuentes de la poblacion.

El autor de las *investigaciones filosóficas sobre el celibato* exclama: «Ved los estados protestantes, en ellos hormiguean los brazos, y los estados católicos están desiertos.» Otros veinte han hecho la misma comparacion.

En Suiza, el mas poblado de los cantones es el de Soleura, que es católico; en él hay eclesiásticos, religiosos y religiosas; si Sicilia está llena de ruinas, es consecuencia del gobierno feudal, el mas atroz destructor que haya inventado la usurpacion. Los Países Bajos católicos, las ricas repúblicas de Italia, ¿estaban despobladas en los siglos quince y

diez y seis? ¿No prosperaban tanto como la Holanda? La Prusia ¿tiene mas habitantes que el Palatinado, y la Suabia que la Lombardia? La fertilidad del suelo, la situacion topográfica y el gobierno poseen otra fuerza diferente de los conventos.

Reformar y no destruir, tal debe ser la máxima de todo hombre que especule en política. Cambiad esos asilos inútiles en hospicios de pobreza para los ancianos, para el dolor, el arrepentimiento y la abnegacion, y la sociedad podria ganar en ello, mas no la poblacion. El amor á la paradoja no inspira esta opinion; cuando uno se funda en cifras no se le puede acusar de impostura.

Nos parece que este autor no teme el ser refutado; si se engaña, está muy en el orden el demostrar su error.

El autor del artículo *celibato*, en el *Diccionario de jurisprudencia* ha copiado las diatribas del abate Saint Pierre, puestas en la antigua *Enciclopedia*, y añadido lo que los protestantes dijeron en la de Iverdum. No podemos menos de poner en claro algunas de las contradicciones de este artículo.

Despues de haber sostenido que el celibato estaba proscrito entre los judios, en virtud de la pretendida ley, *creced y multiplicaos*, se nos asegura que Elias, Elisco, Daniel y sus tres compañeros, vivieron en la continencia.

Hé aquí pues unos profetas y amigos de Dios que violaron públicamente la ley de Dios dada desde la creacion. Se nos ensalza mucho las leyes que los griegos y los romanos habian hecho contra el celibato, la especie de infamia con que le señalaron, los privilegios que concedian á las personas casadas, no obstante se nos ha hecho observar que todos los pueblos han asociado una idea de santidad y perfeccion á la continencia observada por motivo de religion; no es pues cierto que toda clase de celibato haya sido notado de infamia. Por una parte se dice, que no hay hombres á quienes el celibato no sea difícil de observar, que los celibatarios deban ser tristes y melancólicos; por otra se cita una arenga de Metelo de Numidia dirigida al pueblo romano, en la qual confiesa que es una desgracia el no poder pasarse sin mujeres, que la naturaleza ha establecido que no pueda vivirse felices con ellas. Para ser feliz seria preciso no ser ni casado ni celibatario. Uno de estos oráculos dice que en el cristianismo, *la ley del celibato* para los eclesiásticos, es tan antigua como la Iglesia, que Dios la ha juzgado necesaria para aproximarse mas dig-

namento á sus altares; otro pretende que el *celibato* no era mas que de consejo, y que á pesar de lo que ha pensado de él el concilio de Trento, la cuestion que examinamos es puramente política. En la misma página se lee que en occidente el *celibato* estaba prescripto á los clérigos, y que era libre en la Iglesia latina; es pues necesario que esta no sea la misma que la Iglesia de occidente.

Lo que decía el abate Saint-Pierre de que los ministros protestantes son tan respetados del pueblo como los sacerdotes católicos, es absolutamente falso. Es cierto, entre cien ejemplos, que los protestantes sensatos, aun los soberanos, han dado mas pruebas de respeto á los sacerdotes católicos, cuyas costumbres convenian á sus propios ministros; por otra parte sabemos que el clero inferior en Inglaterra es muy despreciado, *Londres t. 2, p. 244.*

No nos detenemos en censurar lo que se dice en este artículo contra el *celibato* voluntario ó forzado de los seculares; mas los medios que se proponen para remediarlo son poco menos que impracticables, y los que el abate Saint-Pierre soñó para prevenir los inconvenientes del matrimonio de los eclesiásticos son absurdos.

Los enemigos del *celibato* eclesiástico y religioso, no han perdonado nada para atacarle, ni las contradicciones ni las imposturas; hé aquí tambien un ejemplo reciente.

En el *Diario enciclopédico* del 15 de marzo de 1786, pag. 509, se insertó una carta de Eneas Sylvio, que fué papa, bajo el nombre de Pio II el año 1438, en la cual se dice que justifica el libertinaje de su juventud, y declara contra el *celibato* de los sacerdotes: es la 15 de la coleccion de sus cartas. Mas en el *año literario* de este mismo año, n. 15, ha probado un sabio: 1.º Que el diarista ha traducido infielmente la carta de Eneas Sylvio, y que es suyo lo que ha dicho en las dos frases mas fuertes contra el *celibato* de los sacerdotes. 2.º Que esta carta 15 fué escrita en la juventud del autor, mucho tiempo antes de que recibiese órdenes sagradas. 3.º Que durante su pontificado desaprobó y retractó lo que habia escrito en la efervescencia de las pasiones. En su carta 395, dirigida á Carlos Gipriano, dice: *Despreciad y rechazad los mortales! lo que hemos escrito en nuestra juventud con motivo del amor profano; seguid lo que os decimos al presente. Creed mas bien á un viejo que á un joven, á un pontífice que á un simple particular; á Pio II mas bien que á*

Eneas Sylvio. 4.º Flacco Illyrico, apoyado en lo que dicen Platino y Sabellico, atribuye fuera de propósito á este papa la máxima siguiente, á saber: *que el matrimonio fué prohibido á los sacerdotes por muy buenas razones, mas que las ha habido mejores para volver á él.* Por el contrario, está demostrado que no hay ninguna para tocar á la antigua disciplina, y que toda clase de razones están por conservarla. V. VIRGINIDAD.

Celícolas. Adoradores del Cielo ó de los astros, herejes que hácia el año 408 fueron condenados por rescriptos particulares del emperador Honorio, y colocados en el número de los paganos. Como en el código teodosiano se encuentran bajo el mismo título que los judíos, se creó que por *Celícolas* se quiso designar á los apóstatas que habian renunciado al cristianismo para volver al judaísmo; pero que no querian ser considerados como judíos porque les parecia odioso este nombre. No estaban sujetos al pontífice de los judíos, ni al sanhedrin, pero tenían superiores que llamaban mayores ó ancianos; no se sabe precisamente cuales eran sus errores.

Es evidente que los paganos llamaron tambien á los judíos *celícolas*; Juvenal dice de ellos:

Nihil prater nubes et cæli numen adorant.

Celso, en Orígenes, *lib. 1, n. 26*, les vitupera el adorar á los ángeles; lo repite, *lib. 5, n. 6*, el autor de la predicacion de S. Pedro citado por Orígenes, *t. 13, in Joan. n. 47*, y por S. Clemente de Alejandria, *Strom. lib. 6, c. 3*, formula contra los judíos la misma acusacion, y entendieron por ángeles estos autores los genios ó inteligencias de que creian estar animados los astros. Se prueba este hecho por un pasaje de Maimonides, véase la *Nota de Spencer sobre Orig. contra Celso, lib. 1, n. 26.*

Es verdad que mas de una vez los judíos rindieron á los astros ó al ejército de los cielos un culto supersticioso; los profetas se lo han vituperado, *IV Reg. xvii, 16; xxi, 3, 5*, etc. Era la idolatria mas comun entre los orientales.

S. Jerónimo, consultado por Alsongo sobre el pasaje de S. Pablo á los Colosenses, *n. 18*, que nadie os seduzca afectando humildad por un culto supersticioso de los ángeles responde que el Apóstol quiere hablar del antiguo error de los judíos, que los profetas habian condenado. Pensaba este Padre que por á-

geles entendia S. Pablo los espíritus motores del cielo y de los astros, á los cuales tanto los judíos como los paganos, habian rendido culto, *Epist. 431, n. 10, Cod. Theod. lib. 12, tit. 6 de Judæis et Colicolis.*

Celitas. Nombre de una congregacion de religiosos hospitalarios, que tienen casas en Alemania y en los Países Bajos. Su fundador se llamaba *Meccio*, y por esta razon se conocen en Italia bajo el nombre de *meccianos*. Siguen la regla de S. Agustín; su instituto fué aprobado por Pio II, hácia el año 1460; mas existian hacia ya mas de un siglo. Se ocupan en cuidar á los enfermos, y con especialidad á los que son atacados de enfermedades contagiosas, tales como la peste; vigilan y sirven á los dementes, entierran los muertos, etc. Tienen mucha relacion con los hermanos de la caridad.

No se esperó al siglo XVII para fundar por motivo de religion establecimientos útiles á la humanidad. Entre un gran número de institutos, los hay que en el día continúan prestando inmensos servicios, y durarán mientras se les proteja y favorezca.

Es un rasgo de malignidad de parte de Mosheim el decir que el instituto de los *celitas* se formó porque los eclesiásticos del siglo XIV no cuidaban de los enfermos ni de los moribundos; no ha podido probar esta acusacion con ningún hecho ni monumento. Los verdaderos motivos de esta institucion fueron los estragos enormes de la enfermedad contagiosa que reinó el año 1348 y siguientes, que asoló la Italia, la España, la Francia, Inglaterra, Alemania y los países del Norte; se llamaba *la peste negra*, y concedió indulgencias Clemente VI á todos aquellos que prestasen á los apesados auxilios espirituales ó temporales. Mas en tanto que los *celitas* les procuraban los segundos, ¿quiénes les proporcionaban los primeros sino los sacerdotes y los religiosos? Es como si se dijera que los hermanos de la caridad fueron instituidos el año 1320 para aliviar los cuerpos, porque los sacerdotes descuidaban las almas.

Mosheim observa que los *celitas* fueron tambien llamados *Lolardos*; mas no se les debe confundir con muchas sectas de hipocritas, que tambien se llamaron así despues. V. LOLAROS.

Celo. Esta palabra se toma en muchos sentidos en la Sagrada Escritura: significa muchas veces la indignacion y la ira. *Ps. lxxviii, 5.* David dice á Dios: «Vuestra ira, (*celus*) se encenderá como un fuego. » *Núm.*

xv, 13. Finóse se sintió animado de *celo* contra los impíos que violaban la ley del Señor. Designa tambien los *celos*; *Act. xiii, 45*; se dice que los judíos se llenaron de *celo* ó de *celos*, *Ps. xxxvii, 4*, leamos: «No seas rival de los criminales ni celosos de la prosperidad de los pecadores. » *Prov. vi, 34*, los celos del marido no perdonan el adulterio en su venganza. *Sup. i, 10*, el odio celoso todo lo oye, Dios es llamado el Dios celoso (*Zelotes*). Véanse *Celos*, *Act. el profeta Ezequiel, viii, 3* y *5*, el *ídolo del celo* puede significar ó la estatua de Baal ó la de Adonis, ó cualquiera otro ídolo, cuyo culto excite la indignacion de Dios.

No obstante en algunos pasajes expresa una grande afeccion, una adhesion violenta á alguno ó cualquiera cosa. *Ps. lxxvii, 40.* David dice á Dios: «El celo de vuestra casa me ha devorado. » *El profeta Elias III Reg. xx, 40* y *44*: «Yo he sido arrebatado de celo por el Señor de los ejércitos. » *Zachar. i, 14*: «Yo he sido arrebatado de celo por Sion y por Jerusalem.

En este último sentido es en el que llamamos *celo de religion* la adhesion que tenemos al culto de Dios que nos parece mas verdadero, el desseo que manifestamos por entenderlo y darle á conocer á nuestros semejantes, el sentimiento que experimentamos cuando es desconocido, despreciado y atacado por los incrédulos. Es evidente que un hombre no puede ser verdaderamente religioso sin tener *celo*, porque el *celo* en sí no es mas que una ardiente caridad. ¿Es posible amar sinceramente á Dios, estar reconocido á la gracia que nos ha hecho de revelarse á nosotros, sin desear que todos nuestros semejantes gocen de la misma felicidad?

Este es el sentimiento que Jesucristo quiso inspirarnos cuando nos enseñó á decir todos los días á Dios en nuestra oracion: « Santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. » Este desseo no seria sincero, si no estuvieramos dispuestos á contribuir á ello con todas nuestras fuerzas. Dice, *Luc. xii, 49*: «Yo he venido á traer un fuego sobre la tierra, y qué quiero sino que se encienda? » Este fuego era seguramente el *celo* por la gloria de su Padre y por la salvacion de los hombres, y lo elevó hasta derramar su sangre, á fin de procurar lo uno y lo otro. «Ninguno, dice, puede amar mas á sus amigos, que el que da su propia vida por ellos. » *Juan. xv, 13.* ¿Qué efectos no ha producido este senti-

y desgracias no ha hecho desaparecer el cristianismo en donde ha penetrado? El asesinato de los recién nacidos ó próximos á nacer, el uso de exponerlos ó venderlos, el destinar á los jóvenes á la esclavitud, y á las doncellas á la prostitución, el hábito de juzgar con la vida de los esclavos, dejarlos morir de hambre cuando eran viejos ó achacosos; el despoblar las provincias para multiplicar las víctimas del lujo público, la impudicia mas desenfadada, los combates de los gladiadores, etc. Estremece el cuadro que presentan las costumbres paganas; nuestra religión las ha cambiado, y no quedarían de ellas vestigios, si se conociera mejor y practicara. Mas va no nos acordamos de lo que eran nuestros padres antes de ser cristianos. El transcurso de los siglos, el hábito de hacer bien, una ignorancia afectada, y una filosofía pérdida nos han hecho ingratos é injustos.

Nada ha perdido el celo de su actividad en la sucesión de los siglos; los misioneros intrépidos no se han arredrado ni por la barbarie de los pueblos, ni por la distancia de los lugares, ni por la diferencia de climas, ni por los peligros del mar, ni por la extravagancia de los idiomas; arrojaron igualmente los hielos del Norte y los calores del Mediodía, el orgullo de las naciones civilizadas, y la estupidez de los salvajes. Estos últimos tan desgraciados como corrompidos, y mas semejantes á los brutos que á los hombres, una vez instruidos, casi cambiaron de naturaleza: la sociedad, la política, las leyes, la educación, la industria, las artes y la abundancia fueron substituidas entre ellos á la vida puramente animal: proporcionándoles el Evangelio un estado mas feliz sobre la tierra, también les da esperanzas de una felicidad eterna después de su muerte. No han sido los filósofos, ni los conquistadores, sino los misioneros celosos, los que amansaron sucesivamente á los moros, libios, etíopes, árabes, persas, partos, scitas, sármatas, daneses, normandos, los pictos y bretones, los germanos y los galos: No fué la filosofía, sino el Evangelio el que ha domado la ferocidad de los hunos y vándalos, de los godos y burgundiones, de los lombardos y francos. El celo ha sido mas audaz que la ambición de los conquistadores, que la avaricia de los comerciantes, que la curiosidad é inquietud natural de los pueblos: y si los misioneros no hubieran empezado por dirigir el rumbo de los navegantes, acaso la mitad del globo no sería en el día conocida por los filósofos.

Mas ¿qué cumulo de crímenes, desórdenes

y desgracias no ha hecho desaparecer el cristianismo en donde ha penetrado? El asesinato de los recién nacidos ó próximos á nacer, el uso de exponerlos ó venderlos, el destinar á los jóvenes á la esclavitud, y á las doncellas á la prostitución, el hábito de juzgar con la vida de los esclavos, dejarlos morir de hambre cuando eran viejos ó achacosos; el despoblar las provincias para multiplicar las víctimas del lujo público, la impudicia mas desenfadada, los combates de los gladiadores, etc. Estremece el cuadro que presentan las costumbres paganas; nuestra religión las ha cambiado, y no quedarían de ellas vestigios, si se conociera mejor y practicara. Mas va no nos acordamos de lo que eran nuestros padres antes de ser cristianos. El transcurso de los siglos, el hábito de hacer bien, una ignorancia afectada, y una filosofía pérdida nos han hecho ingratos é injustos.

No solo los incrédulos no confiesan que el celo por la religión sea una virtud, sino que dicen que es un vicio odioso, y uno de los mayores azotes del género humano: «tantas pasiones se ocultan, dicen, bajo esta máscara, es el origen de tantos males, que sería de desear que no se la hubiese colocado entre las virtudes cristianas. Para una vez que pueda ser laudable, se la encontrará cien veces criminal, pues que obra con la misma violencia en las religiones verdaderas que en las falsas.»

No obstante, algunos se han dignado convenir en que un celo dulce, caritativo, prudente, compasivo, tal como el de Jesucristo y de los apóstoles, sería una virtud; mas según su opinión, no existe de esta suerte en el mundo: los pretendidos celosos, conducidos por el orgullo, por la ambición de dominar sobre los ánimos y ejercer el imperio de la opinión, se irritan á la menor contradicción; miran como á un impio á todo el que no piensa como ellos; á sus ojos todo error es un crimen, toda resistencia á su voluntad es un atentado. Si dependiera de ellos, exterminarían en un solo día á todos los infieles. La mentira, la impostura, la calumnia, la injusticia, la crueldad les parecen permitidas cuando se trata de la causa de Dios; no hay crimen que no santifique el celo de religión.

Esta invectiva es demasiado violenta para ser justa; queriendo pintar á sus adversarios, se han pintado á sí mismos los incrédulos, y prueban que el celo antireligioso es

mas temible que el celo de religión; á poco que comparásemos las causas, síntomas y efectos de estas dos enfermedades, nos convencieramos de esto.

1.º Un cristiano celoso no hace mal en creer que es debido al bien general de la sociedad que la pureza de la fe y de las costumbres se mantengan en ella, y que todo error é impiedad sean desterrados. Cuando trata de contribuir á ello, y desea que todo infiel esté en estado de no poder perjudicar, su intención es muy laudable, pues que no se propone mas que la conservación del bien que el cristianismo ha producido en el mundo. Si en sus opiniones entra la pasión, el odio, la ira y la malignidad, si emplea medios ilegítimos para perjudicar á alguno, es culpable sin duda alguna; si cree que la pureza del motivo puede santificarle, comete un error. Una de las máximas del cristianismo es que *no se debe hacer mal con el objeto de que resulte un bien*, Rom. iii, 8. Mas cuando un ejército de pretendidos filósofos se ha conjurado contra el cristianismo, ha forjado millares de volúmenes llenos de invectivas, calumnias é imposturas contra esta religión santa y contra sus hijos, ha predicado el deísmo, el ateísmo, el materialismo y el pirronismo, ¿qué motivo laudable le ha movido á ello? ¿qué efecto saludable esperaba obtener? Este celo infernal no podía dar de sí mas que el sumir á las naciones en la ignorancia, en la corrupción, en el embrutecimiento de donde las ha sacado el cristianismo. Esto se demuestra por el ejemplo de aquellas, que, por haber renunciado á esta religión, han vuelto á caer en la barbarie. Es un absurdo el alabar en apariencia el celo de Jesucristo y de los apóstoles, y tratar de destruir todo el bien que ha producido.

2.º Los medios de que se han valido los incrédulos para establecer, si hubiesen podido, la irreligion en toda la Europa son mas honrosos y legítimos que los que echan en cara á los creyentes animados de un falso celo. Cien veces los hemos convencido de mentira, de impostura, de citas falsas, de traducciones infieles, de calumnias forjadas contra los personajes mas respetables de todos los siglos; han empleado las invectivas mas fogosas para encender el fanatismo anticristiano en el ánimo del pueblo; se han erigido en profetas, anunciando la próxima ruina del imperio de Jesucristo; algunos llevaron la demencia hasta exhortar á los súbditos á que se sublevaran contra los soberanos, y á los

esclavos á que degollaran á sus señores. Antes de ellos, los predicadores del siglo XVI emplearon las mismas armas para hacer abrazar la herejía; si los de nuestra época no han llevado su celo como los sectarios hasta degollar á sus enemigos, ha sido mas bien por impotencia que por moderación. Todo el mundo sabe que el mas célebre de sus jefes hizo ahorcar en el gine de los que habían escrito contra él; estamos muy persuadidos de que si hubiese estado en su mano, habría substituido la realidad á la representación.

3.º No sabemos si su celo ha llegado hasta santificar á sus ojos todos estos excesos; siempre han sostenido que sus motivos eran laudables, sus procedimientos irreprehensibles, sus furros legítimos, que, lejos de ser dignos de castigo, merecían estatuas. ¿Conviene á semejantes hombres predicar la dulzura, la caridad, la tolerancia, é imputar crímenes al celo de religión?

Es preciso, dicen, honrar á la Divinidad, y jamás pensar en vindicarla. Si esto significa que es necesario permitir á todo incrédulo el blasfemar impunemente contra Dios, é insultar así á todos los que le adoran, preguntamos desde luego qué ventaja puede resultar de esto al género humano: mas expliquemos los términos. Propiamente hablando, la Divinidad no puede ser ultrajada ni vindicada; esencialmente feliz é independiente, soberana señora de todas las criaturas, inaccesible á toda necesidad y á toda pasión humana, nada puede adquirir ni perder de su estado; manda á los hombres el respeto, la adoración, estarla sumisos, no para su bien, sino por el de ellos. Está demostrado que ninguna sociedad puede subsistir sin religión; el que ataque á esta, mira en cuanto le es posible los fundamentos de la sociedad. Cuando se le castiga por sus blasfemias, se vindica á la sociedad y no á la Divinidad; ella sabrá, cuando quiera, vengarse según la con venga.

Por mas que se multipliquen los sofismas para paliar los efectos de la impiedad, todo hombre que cree en Dios y ama su religión se sentirá siempre herido por sus invectivas, sarcasmos é insultos lanzados contra los objetos que reverencia. Un ciudadano honrado jamás sufrirá con paciencia que se denigre ó despreste á su nación, á su patria, á sus leyes, á sus costumbres, á sus usos; ¿cómo había de permanecer indiferente con respecto á su religión, que es la primera de todas las leyes y

la base sobre que todas descansan? Se empuja por ultrajarnos y se predica la tolerancia, es como si un ladrón predicara el desinterés al hombre que ha despojado; la burla es demasiado fuerte. Guarden silencio los incrédulos, que no iremos á informarnos de lo que creen ó no creen, mas quieren inquietar y provocar á todo el mundo, y no ser molestados por nadie.

Tambien dicen que se ocultan muchas pasiones bajo la máscara del celo; sea así. No se ocultan menos bajo la del bien público, del interés social, del patriotismo, de la salvación del Estado, del derecho, de la equidad, etc. Bajo este pèrdido disfraz se han ocultado todos los ambiciosos, los revoltosos y los embrolladores del universo; los incrédulos tambien echan mano de él para paliar el orgullo, los celos, y los deseos de dominar que los agitan.

Este celo, dicen por último, obra de la misma suerte en todas las religiones, tanto verdaderas como falsas. ¿Qué importa? Todos los sentimientos naturales de la humanidad se encuentran de la misma manera en las naciones civilizadas ó bárbaras, ilustradas, estúpidas, feliz ó desgraciadamente situadas en el globo. Mas si el celo respecto de una religion falsa es realmente un falso celo, á sus sectarios es á quienes es preciso ir á predicar la tolerancia y no á los que siguen una religion verdadera.

Se nos objetan las guerras de religion; pero en este artículo probaremos que nuestros adversarios raciocinan tan mal sobre este punto como en los demás. No contentos con estas declamaciones vagas, citan hechos; veamos si son bastante graves para merecer tanto clamoreo.

Teodoro, *Hist. eccles. l. 5, c. 29*, refiere que un obispo de Suza, en la Persia, llamado *Abdas*, ó mas bien *Abdaa*, hizo derribar un templo del fuego el año 414; que el rey, sabedor de este hecho por los magos, exhortó primero á este obispo para que reedificara este templo; que, negándose obstinadamente á ello, el rey le hizo dar muerte; que mandó echar abajo todas las iglesias de los cristianos, que suscitó contra ellos una persecucion que duró 20 años y en la cual pereció un gran número de cristianos. Teodoro conviene en que *Abdas* hizo mal en destruir este templo ó pèreo; y mas sostiene que este obispo tuvo razon en querer morir mas bien que volverle á edificar; pues el construir un templo al fuego equivaldria á adorarlo. Bayle, *Barbeyrac*, de

Jancourt y otros han insistido hasta la saciedad sobre este pasaje de la historia, ya para manifestar los excesos á que el celo de religion puede conducir, ya para poner de manifiesto la falsa moral de un Padre de la Iglesia que creyó que el celo era suficiente para justificar una accion injusta, tal como negarse á reparar el daño que se ha causado.

La brevedad de la narracion de Teodoro nos da á entender que estaba mal informado de la naturaleza y circunstancias del hecho; si hubiese estado mejor instruido, habria motivado de otra manera su opinion. *Assemani, Biblioth. Orient. t. 1, p. 183, y t. 3, p. 371*, nos dice, segun el testimonio de los historiadores orientales, que no fué *Abdas* el que hizo destruir este pèreo de los persas, sino un sacerdote le su clero, bajo pretexto de que este edificio congnio á la iglesia de los cristianos los incomodaba para el servicio divino. La cuestion es saber si el obispo debia ser responsable de la accion de uno de sus sacerdotes y reparar el daño. Creemos que no; que si lo hubiera hecho en las circunstancias en que se encontraba, los magos le habrian acusado maliciosamente de apostasía, y esto es lo que Teodoro quiso dar á entender.

Sostiene tambien *Assemani* que es falso que esta persecucion, que aconteció á fines del reinado de *Isdegerdo*, durase mucho tiempo, pues se adormeció al momento. Volvió á empezar bajo el reinado de *Varane* su sucesor, no para castigar ningun delito de los cristianos, sino porque se encendió la guerra entre los romanos y los persas. En estas circunstancias no dejaban los magos de presentar al rey á los cristianos como sospechosos, entregados á los romanos por inclinacion, y de los que era preciso desconfiar: tal fué siempre la verdadera causa de las persecuciones que experimentaron por parte de los reyes de Persia. Esto es tan cierto, que cuando los nestorianos y los etiopianos fueron destruidos por los emperadores, fueron acogidos por los persas, porque se les consideró como enemigos del imperio. Tambien *Mosheim*, mejor instruido de estos hechos que los demás protestantes nunca ha vupperado tan groseramente como ellos la conducta de *Abdas*.

Barbeyrac cita en segundo lugar el ejemplo de *Marcos de Aretusa*, que, bajo el reinado de *Juliano*, rehusó volver á construir un templo de paganos que habia hecho demoler bajo el reinado de *Constancio*. Como este obispo ha-

bia sido autorizado por el emperador antes de condenarle, hizo ver que *Juliano* tenia mas derecho para mandar reedificar el templo que *Constancio* tuvo para demolerlo. *Juliano* fué tanto mas criminal por abandonar á *Marcos* al furor de los paganos de *Aretusa*, cuanto que este obispo le habia salvado la vida en su infancia.

Aun cuando esta clase de hechos fuesen cien veces mas graves y en mayor número, ¿seria suficiente para probar que el celo de religion es una de las pasiones mas fatales para el género humano? Comparad, declamadores impudentes, comparad esos delitos de algunos particulares con los felices efectos que el celo de los cristianos ha obrado en todo el mundo, que subsisten todavia despues de mil y setecientos años, y de los que vosotros mismos gozais; comparad el estado actual de las naciones cristianas con el de los pueblos infieles que no han querido recibir el Evangelio, ó que han renunciado á él; por último, comparad 300 años de persecuciones crueles, durante las cuales los cristianos se dejaron degollar pacificamente con esos instantes de un falso celo del que estaban animados muy pocos, y atrevedos todavia á exagerar los males que ha producido. Mas los incrédulos no son bastante razonables para hacer ninguna comparacion; jamás dejarán de repetir las mismas invectivas; felizmente se encuentran reuladas por sí mismas; no se atreviran á permitirselas, si el celo de religion fuese en general tan fogoso como dicen.

Celos. Leemos en la Sagrada Escritura que el Señor es un Dios celoso; que no su... se rinda impunemente á otro el culto que á él le es debido, *Exod. xx, 5; xxxiv, 14*, etc. Dice por un profeta: «yo he tenido contra Sion unos violentos celos, que me han causado la mayor indignacion.» *Zach. vii, 2.* Conviene á Dios una pasion tan baja y odiosa? Los marcionitas, maniqueos, *Juliano* y otros enemigos del cristianismo se escandalizaban de estas expresiones; los incrédulos modernos se las echan tambien en cara á los autores sagrados. Parece dicen que Dios se incomoda cuando amamos á otra cosa que á él; esto es tan absurdo como la preocupacion de los paganos que creian que sus dioses eran envidiosos y celosos de la prosperidad de los hombres.

En la palabra *despercebida* hemos explicado ya por qué y en qué sentido los escritores sagrados parece que atribuyen á Dios las pasiones humanas; se han visto obligados á

hablar de Dios como se habla de los hombres, porque no podian crear un lenguaje á propósito para expresar los atributos y las acciones de la divinidad.

Si sentir la pasion de los celos, obra Dios como si fuese celoso; prohíbe el rendir á otros seres el culto que les es debido, y amenaza castigar á los que se hacen culpables de esta profanacion. No es porque tenga necesidad de este culto, ni porque pierda nada de su felicidad cuando los hombres se le rehusan, sino porque el politeísmo y la idolatría son absurdos contrarios á la razon y al buen sentido; van siempre acompañados de crímenes y desórdenes, y por consiguiente son perjudiciales al hombre. Los celos de Dios no son pues otra cosa que su justicia soberana y su bondad con respecto al hombre.

De aqui no se deduce que Dios nos prohiba amar otra cosa que no sea él mismo; por el contrario, nos manda amar á nuestro padre y madre y al prójimo como á nosotros mismos; no condena á los que aman á sus amigos cuando les manda amar tambien á sus enemigos y hacer bien á todos, *Mat. v, 44 y 46*. Mas nos prohíbe que nada amemos tanto como á él, y que nada prefiramos á él; quiere que estemos prontos á abandonarlo todo, á sacrificar hasta nuestra propia vida cuando lo exija su servicio; ¿hay en esto injusticia?

Cuando los paganos ignorantes y estúpidos atribuan á sus dioses los celos, se los representaban como semejantes á los pequeños tiranos, envidiosos y desconfiados, de los cuales estaban rodeados; mas cuando los filósofos han hablado de los celos de los dioses, han entendido por esto como los autores sagrados, la justicia vengadora de la Divinidad que castiga á los criminales orgullosos é insolentes, y en esto no son reprehensibles ni los unos ni los otros. *Notas de Mosheim sobre el sistema intelect. de Cudworth. c. 3, § 39.*

En cuanto á los celos con que los hombres se hacen culpables los unos respecto de los otros, están condenados terminantemente por el apóstol *Santiago, ii, 14 y 16*, y es uno de los vicios mas opuestos á la caridad cristiana tan estrechamente mandada por *Jesucristo*. San *Cipriano* hizo un tratado expresamente contra esta pasion, de *Zelo et Livore*; hace ver sus consecuencias funestas: le atribuye los cismas y las herejías, y no hay cosa mas cierta que los celos contra los jefes de la Iglesia han tenido siempre mas parte que el celo en las quejas, en las declamaciones y en los procedimientos violentos de los reforma-

dores de toda especie. Dice san Juan Crisóstomo que un nombre celoso merece ser separado de la Iglesia como un fornicador público; mas para que los celos pudieran ser el objeto de las censuras eclesiásticas sería preciso que se probasen por alguna acción, que proviniese evidentemente de este motivo.

CELOS (AGUA DE). Se dice, *Núm. v. 14*, que si un marido tiene sospechas respecto de la infidelidad de su mujer, la llevará ante el sacerdote, que la hará tragar una agua amarga sobre la cual habrá pronunciado maldiciones; que si esta mujer estuviese inocente no la sucederá ningún mal; que si fuese culpable morirá. Muchos incrédulos deducen de esto que entre los judíos podía un marido, por medio de los sacerdotes, envenenar a su mujer cuando tenía celos de ella.

Estos críticos comprenderían lo absurdo de su acusación si reflexionaran que en el caso de infidelidad de su esposa un judío podía divorciarse de ella y despedirla; esto era mas sencillo que envenenarla por medio de un sacerdote. La verdad es que el agua de los celos no podía producir naturalmente ningún efecto; no entraba en ella mas que un poco de polvo del pavimento del tabernáculo, y las maldiciones que el sacerdote había escrito en un pedazo de papel ó vitela. Estas maldiciones no tenían en sí la fuerza necesaria para matar á una mujer culpable; era preciso que este efecto, cuando aconteciera, fuese sobrenatural, y en este caso no dependía del sacerdote.

Otros razonadores han creído que el agua de los celos era un expediente ilusorio y pueril que Moisés había prescrito para calmar las sospechas celosas y las acusaciones temerarias de los judíos contra sus esposas; que esta agua no podía hacer bien ni mal á las mujeres, bien fuesen culpables ó inocentes; pero era un medio para contenerlas en su deber por un terror pánico. Esta conjetura nada tiene de verosímil. Dejando á parte la inspiración de Dios que dirige á Moisés, el engaño que se le atribuye hubiera sido indigno de un legislador tan sabio.

Celso. Filósofo del siglo II, célebre por su obra contra la religion cristiana escrita hacia el año 170. En nuestra época se han tomado el trabajo de recopilar en san Cirilo los fragmentos de los libros de Juliano sobre este mismo motivo, haciendo de ellos un discurso seguido; no conocemos ninguna obra de nuestros adversarios en la cual hayan hecho lo mismo que con la de Celso. Sin duda ha-

sido un rasgo de prudencia por su parte; este contiene muchas cosas muy favorables al cristianismo y no pueden ser sospechosas. La refutación que ha hecho Orígenes de las calumnias de Celso es la mas importante de las obras de este Padre. Parece suponer que su adversario era epicúreo; pero lo mas probable es que era un eclectico ó un nuevo platonico, que hacia profesion de no seguir ningún sistema, y de no atenerse á ninguna escuela.

Celso considera como una locura el proyecto formado por los cristianos de convertir á todos los pueblos y sujetarlos bajo la misma ley; quiere que cada nacion conserve su religion, cualquiera que sea. *Orig. contra Celso, lib. 5, n. 25; lib. 8, n. 72*. Mas si la religion de los egipcios, y la de los judíos eran falsas y absurdas como él lo sostiene, estos dos pueblos ¿obrabán mal al abrazar otra mejor? Si hubiese vivido mas tiempo, habria visto el proyecto de los cristianos casi ejecutado; se habria convencido que en todos los pueblos y climas produjo el cristianismo los mismos efectos y la misma revolucion en las costumbres como Orígenes lo ha demostrado.

Este filósofo conocia nuestros evangelios; parece que hasta tuvo á la vista el de S. Mateo: sigue su historia sumariamente y compara las dos genealogías del Salvador, *lib. 11, n. 32*. Habia leído el antiguo Testamento, al menos el libro del Génesis por completo, *l. 4, n. 36 y sig.* Fué el primero que acusó á Jesucristo de haber nacido de un comercio ilegítimo, y pone este vituperio en boca de un judío, *l. 1, número 28*.

Si esta calumnia hubiese tenido algun fundamento, no lo habrían pasado en silencio los judíos contemporáneos; no habrían permitido que Jesus enseñara, y pasase como descendiente de David. Cerinto, Carpócrates y los eionitas no se obstinarían en sostener que Jesus habia nacido de José y de Maria; los evangelistas no se hubieran atrevido á trazar y publicar su genealogía, y Jesus no hubiese encontrado ningún discípulo entre los judíos.

No pone en duda el asesinato de los Inocentes, mandado por Herodes, para que pereciese Jesus niño; no opondrá sino un razonamiento que nada significa, *l. 4, n. 58*. Si este hecho tan palpable y público no hubiese sido cierto, toda la Judea habria podido deponer en contrario.

¿Qué opone á los milagros de Jesucristo?

Este era el artículo mas importante. Dice que ninguno los ha visto, fuera de sus discípulos, y que estos los exageraron mucho *l. 1, n. 68*. Mas si Jesucristo ha dejado sobre la tierra al menos quinientos discípulos, como nos lo dice San Pablo, este número de testigos nos parece bastante considerable, *1 Cor. xv. 6*.

Dice que Jesus obró sus milagros por la magia, por los encantamientos, por la invocación de los demonios ó genios; le echa en cara haber aprendido la magia en Egipto; y haber tenido despues el orgullo de hacerse considerar como un Dios, *l. 1, n. 6, 28*. Añade que otros muchos impostores hicieron milagros semejantes; que Jesus mismo prohibió darles asenso, *n. 68*. Acusa tambien en general á los cristianos de hacer uso de la magia, *n. 6*. Mas si los milagros de Jesucristo y sus discípulos no eran verdaderos ó incontestables, ¿para qué recurrir á la magia? Era preciso negarlos rotundamente, sin decir mas; precisamente Celso conoceria que esto no era posible; que el testimonio constante y uniforme de los discípulos de Vena, la confesion de los Judíos y la revolucion que trajo consigo eran pruebas invencibles de la realidad de los milagros.

Objeta contra la resurreccion del Salvador que otros muchos impostores habian prometido resucitar, ó pretendieron haber vuelto de los infernos; que Jesus resucitado no habia sido visto por nadie, exceptuando una mujer y algunos discípulos que soñaron, que no habian visto mas que un fantasma, ó forjaron esta mentira. Si Jesus, añadia, hubiera resucitado, debia manifiestarse á sus enemigos, á sus jueces, á todo el mundo: hubiera sido mejor que no se dejase crucificar, ó que bajase de la cruz en presencia de los Judíos, *c. 2, n. 34 y sig.*

Mas, ¿podia Celso citar el ejemplo de un impostor, del cual hubiesen jamás dicho un gran número de hombres, nosotros le hemos visto morir, una ciudad entera le vió como nosotros, despues le hemos visto vivo, le hemos tocado, hemos bebido y comido con él despues de su resurreccion por espacio de cuarenta dias? ¿Adónde hay un hombre, exceptuando á Jesus, del que se haya dado un testimonio semejante?

¿Debia no dejarse crucificar, ó bajar de la cruz, ó manifiestarse á todo el mundo? ¿Por qué lo debia hacer? ¿En dónde están las razones que prueban este pretendido deber? Sostenemos que no lo debia hacer; que aun-

cuando lo hubiese hecho, los incrédulos hubieran dicho lo mismo que de su resurreccion, aun probada como lo está.

Esta resurreccion fué publicada, creida y protestada por millares de Judíos, cincuenta dias despues, en el mismo sitio en que se habia verificado: Celso no se ha atrevido á ponerlo en duda; luego sus discípulos probaron sólidamente que no soñaron ni mintieron.

Nada es mas absurdo que desecar un milagro, porque Dios podia hacer otro, y dudar de una prueba porque podia Dios dar otras. Hea Dios lo que quiera, los incrédulos estan resueltos á no confesar que ha obrado bien; y por mas pruebas que se aleguen, no bastarán jamás para vencer su pertinacia. Muchos han declarado que aun cuando vieran con sus propios ojos salir un muerto del sepulcro, no lo creerian.

Conviene Celso en que el cristianismo fué predicado, se estableció é hizo progresos muy poco tiempo despues de la muerte de Jesucristo, *l. 2, n. 2 y 4*, que los que publican su doctrina hacen una infinidad de discípulos, *n. 46*. Conviene en que hay entre los cristianos hombres virtuosos, sabios é inteligentes, *lib. 1º, n. 27*. No les echa en cara mas crimen que el de reunirse en secreto contra la prohibicion de los magistrados, el detestar los simulacros y los altares y blasfemar contra los dioses. Rogamos á los incrédulos modernos que pongan atencion en esto, y que no lleven las calumnias mas allá que este filósofo.

Tan pronto aprueba como vitupera la firmeza de los mártires, pero conviene en la crueldad de los suplicios que se les hacia padecer, *lib. 8, n. 39, 43, 48, etc.* No obstante, este es un hecho que se ha tratado de poner en duda en nuestros dias. Distingue la gran Iglesia de las demás sectas que se denominaban cristianas: añade que estas diferentes sectas se aborrecían y despedazaban, *lib. 5, n. 39 y sig.*

Esto es justamente lo que prueba que no pudo haber avencencia entre los primeros hijos del cristianismo para forjar los hechos, publicarlos, y engañar á los hombres crédulos. Las divisiones empezaron desde el tiempo de los apóstoles; se quejan de ellas y desenmascaran á los falsos doctores; siempre estuvieron vigilados por enemigos atentos y zelosos, ya judíos ó ya paganos, y aun por filósofos mal convertidos. Mas entre los enemigos que levantaron el estandarte contra los apóstoles, ninguno les ha acusado de haber forjado, disfrazado y desnaturalizado.

los hechos del Evangelio. Si los hechos son verdaderos el cristianismo está probado de una manera invencible.

No es fácil comprender cuales eran las opiniones de Celso relativamente á la divinidad: su filosofía es un caos ininteligible, y su obra un tejido de contradicciones. A veces parece que admite la providencia, otras veces que al epicureismo el dogma de la fatalidad; cree que los animales son de una naturaleza superior á la del hombre. No exige que se rinda un culto á Dios, criador y gobernador del mundo, sino solo á los genios ó á los dioses de los paganos; ensalza los oráculos, la adivinación y los pretendidos prodigios del paganismo. Tan pronto parece aprobar como vituperar el culto de los simulacros ó de los ídolos. Propiamente hablando, no sabia él mismo lo que creia ó no creia. En general tal es la filosofía de la mayor parte de los incrédulos; en todos los siglos se parecen.

La mayor parte de las acriminaciones que hace á los cristianos en general no podian recaer sino sobre los gnósticos, á quienes confundia sin razon con los verdaderos cristianos.

La exactitud con que Orígenes refiere las propias palabras de Celso prueba que nuestros antiguos apologistas no han tratado ni de suprimir las obras de sus adversarios, ni de distraer sus objeciones, y hacerlos odiosos. Sin los libros de Orígenes, ¿qué habria en el día de lo que Celso escribió? Este filósofo era casi contemporáneo á los hechos, pues que vivió á mediados del siglo II, cincuenta ó sesenta años despues de la muerte del último de los apóstoles. Podia consultar á los judíos, comprobar si los discípulos de Jesucristo habian sido unos impostores. Dice que conocia perfectamente el cristianismo, que se informó de todo; hace hablar hasta á un judío; no obstante no opone á los cristianos ningún hecho decisivo, ningún testimonio contradictorio al suyo, ningún argumento temible. Si hubiese habido alguna impostura de parte de aquellos, sería increíble que Celso no la hubiese desenmascarado. Considerándolo todo, su obra es uno de los monumentos mas honrosos y ventajosos para nuestra religion. Si se quiere ver un extracto mas exacto de las objeciones de Celso y de las respuestas de Orígenes se hallará en el *Tratado histórico y dogmático de la verdadera religion*, t. 10, 2ª edicion.

Cementerio. Véase FUNERAL S.

Cena, del latin *cena* y del griego *zawa*, comida comun de una reunion de familias. ¿Porqué dieron los antiguos este nombre á la comida de la noche mas bien que á la de la mañana ó á la del mediodía? Porque la familia de un labrador se halla separada todo el dia por los trabajos de la agricultura, comen á cualquier hora y en el campo, y no se reúne sino por la noche; la cena es la que los reúne.

Se da el nombre de *cena* con especialidad á la última comida que hizo Jesucristo con sus apóstoles reunidos en la víspera de su muerte, en la cual comió la Pascua con ellos, y despues instituyó la Eucaristia; la Iglesia celebra su memoria el Jueves Santo. Para recordarnos la humildad de Jesucristo, que despues de la cena lavó los pies á sus apóstoles, se acostumbra en todas las iglesias á lavar los pies á doce pobres. Nuestros reyes renuevan tambien esta ceremonia tierra y majestuosa, y esto es lo que se llama *nacer la cena*. Despues de un sermón acomodado al asunto y despues de echada la absolucion por un obispo, el rey acompañado de los príncipes de la sangre y de los altos empleados de la corona, lava y besa los pies á doce pobres, les sirve á la mesa y les da una limosna. Despues de mediodía la reina practica la misma ceremonia con doce jóvenes.

Una de las cuestiones que hay entre los teólogos y los comentadores de la Sagrada Escritura es el saber si en la última *cena* comió Jesucristo la Pascua con sus apóstoles: algunos autores modernos sostienen que no la comió; probaremos lo contrario en la palabra Pascua.

Cuando los protestantes dieron el nombre de *cena* á la manera con que celebran la institucion de la Eucaristia, y abusaron del término por necesidad de sistema. Han querido dar á entender con esto que toda la esencia del sacramento consiste en la comida religiosa que hacen los fieles comulgando; mas toda la antigüedad deponen contra ellos. Desde el primer siglo de la Iglesia ha estado en uso el llamar *Eucaristia* á la accion de consagrar el pan y el vino, convirtiéndose estas sustancias en cuerpo y sangre del Señor. Esta *cena* estaba terminada cuando Jesucristo consagró la Eucaristia para dársela á los apóstoles, *Luc. xxii, 20; 1 Cor. xi, 25*. Es un absurdo el mirar la accion de los apóstoles y no la de Jesucristo como la parte esencial y principal de la ceremonia. Véase EUCARISTIA, § 3.

Cenáculo. La víspera de su pasion dijo nuestro Salvador á sus discípulos: id á preparar la cena de la pascua en Jerusalén; que encontrarán un cenáculo preparado, es decir, una sala con mesas para comer, y lechos sobre los que se echaban para verificarlo. En los siglos posteriores se manifestaba en Jerusalén una sala que fué convertida en Iglesia por la emperatriz Sta. Elena, en la que se decía que nuestro Salvador habia celebrado su última cena y habia instituido la Eucaristia; mas puede ponerse en duda el que esta sala se salvase de la ruina de Jerusalén cuando se apoderaron de ella los Romanos; á lo mas podria conocerse por tradicion el sitio sobre el cual estaba edificado el cenáculo.

Mas el respeto que se ha tenido siempre al lugar en que se creia que Jesucristo habia instituido la Eucaristia prueba suficientemente la alta idea que se concibió de esta accion de Nuestro Señor. Si se hubiera mirado entonces la cena bajo el mismo punto de vista que lo hacen los protestantes, no se hubieran acordado de cambiar el cenáculo en Iglesia.

Ceniza. El miércoles de ceniza es actualmente el primer día de cuaresma. Es probable que se denominase de esta manera á causa de la costumbre de los penitentes en los primeros siglos de presentarse este día á la puerta de la iglesia vestidos de cilicios y cubiertos de ceniza.

Más: ¿qué relacion hay entre la ceniza y la penitencia? Es un monumento de las costumbres antiguas. Lavarse el cuerpo y los vestidos, perfumarse la cabeza, era el símbolo de la alegría y de la prosperidad; por el contrario, la señal de un dolor profundo era la de arrastrarse por el polvo y permanecer echado. Esto se ve todavía á veces entre las gentes de los campos que se entregan violentamente á los impulsos de la naturaleza. Un hombre que se presentaba con el cuerpo, los cabellos y los vestidos cubiertos de polvo, anunciaba por este abandono exterior el luto y la afliccion. Los ejemplos de esto son frecuentes en la Sagrada Escritura; Job, la historia de los Reyes, los profetas y el Evangelio hablan tambien de esto.

Para expresar David un dolor amargo dice que comia la ceniza como el pan, ó mas bien con el pan, *Psalm. ci, 10*. Como los antiguos cocian su pan bajo la ceniza, el no limarse el trabajo de sacudir la ceniza con que el pan estaba cubierto era una de las señales de afliccion.

En el día, en la Iglesia romana, el miércoles

de ceniza el celebrante, despues de haber recitado los salmos penitenciales y otras oraciones, bendice la ceniza, y la pone sobre la cabeza del clero y del pueblo que la reciben de rodillas, y á cada uno de los que se la da le dice estas palabras: *Acuérdate hombre que eres polvo, y en polvo te has de convertir*. Esta es la sentencia terrible que Dios pronunció contra el primer pecador, *Gen. iii, 19*. Cuando subsistia la costumbre de quemar los muertos, un poco de ceniza sacada de la hoguera y aplicada sobre la frente de un hombre era un símbolo todavía mas enérgico; era un decreto de muerte todavía mas sensible.

Supersticion. dicen los protestantes, *mofijana* de los sacerdotes! exclaman los filósofos. Nosotros les replicamos: vosotros no sabéis siquiera lo que significa el rito que vituperáis. En la bendición de la ceniza, la Iglesia ruega á Dios que inspire sentimientos de penitencia á los que la reciben, y perdona sus pecados; el fiel que se presenta viene á ratificar por sí mismo esta oracion de la Iglesia, á señalar con la imagen de la muerte á fin de desprenderse del pecado. ¿En dónde está la supersticion? Separar del culto religioso los símbolos mas naturales y expresivos es alogar á la vez la religion y la naturaleza.

Cenobita. Religioso que vive en comunidad bajo una regla comun con otros religiosos: esta palabra viene de *zawa*, comun, y de *bita*, vida. Un cenobita se distingue de un ermitaño ó de un anacoreta en que estos viven en la soledad.

El abate Pinnnon habia de tres especies de religiosos que habia en la Tebaida de Egipto; á saber: los cenobitas que vivian reunidos en comunidad; los anacoretas, que habitaban solos, y los sarabaites que eran vagamundos; estos últimos se miraron siempre como religiosos falsos. Refiere al tiempo de los apóstoles la institucion de los cenobitas: es, segun él, una imitacion de la vida comun de los fieles de Jerusalén; mas estos fieles eran gentes casadas que no habian renunciado al mundo. S. Pacomio pasa por el primer fundador de la vida cenobítica, porque fué el primero que formó comunidades bajo ciertas reglas. Antes de él, los religiosos eran anacoretas ó solitarios. No obstante, se dice que S. Antonio construyó un monasterio veinte años antes que S. Pacomio; mas este fué el primero que escribió una regla monástica.